

Palabras de Gaudí.

La arquitectura expresiva

Rafael García Alonso

La reciente publicación de los escritos completos de Antoni Gaudí ha vuelto a confirmar la escasez de textos propiamente teóricos del arquitecto. Hace veinte años fueron publicados un buen número de testimonios orales recogidos por Joan Bergós. Este mismo autor, y otros coetáneos de Gaudí, nos han informado también de la brillantez y abundancia de los frecuentes monólogos a los que era dado el arquitecto. Sin duda, Gaudí deseaba que su propia obra hablara por sí misma, lo cual no obsta para afirmar sin ambages el interés del arquitecto por la teoría. En efecto, sabemos que completó su formación técnica con la asistencia a clases de estética e historia del arte. También, que leyó cuidadosamente, realizando múltiples anotaciones, a un ejemplar del *Dictionnaire raisonné de l'architecture française du XI^e au XVI^e siècle* de Viollet Le Duc. En este artículo pretendo realizar una aproximación a la poética de Gaudí a través de sus palabras, dichas o escritas. Aparte del interés intrínseco de la misma, creo que dicha poética puede ayudar a comprender la identidad de su obra independientemente de las diferentes fases estilísticas detectables en ella. Pues profundizar en cómo entendía el arte, ante todo la arquitectura, contribuirá a comprender la posición del arquitecto ante la historia de ese medio expresivo así como el lugar donde él se veía a sí mismo. Profundizar en su poética nos ayudará probablemente a comprender cómo entendía su obra y qué pretendía hacer con ella.

1. Estilos y expresividad

Gaudí se forja en una Barcelona que vive el auge del modernismo sin que ello impida el influjo de un historicismo que rescata las formas de estilos del pasado como el románico, el renacentista o el gótico. El propio Gaudí, en su primera fase, experimentará un dilatado influjo historicista cuyo momento más claro se da entre 1887 y 1893 con los edificios neogóticos del Palacio Episcopal de Astorga y la denominada Casa de los Botines de León. Sin embargo, las palabras de Gaudí dan testimonio de un claro inte-

rés por, más que dialogar con el historicismo, desembarazarse de él situándose en la historia. Existen anécdotas de la preferencia de Gaudí por los estilos del gótico y del barroco –los cuales acentúan la verticalidad– en detrimento de otros como el renacentista –más proclive a la horizontalidad. Pero podría decirse que Gaudí no desea hacer obras de aquellos estilos, en forma de «neos», sino que siente afinidad por lo barroco en el sentido establecido por Eugenio d’Ors en 1935: atracción por el dinamismo, la dispersión, el movimiento, la sintonía con la naturaleza. Por decirlo con d’Ors, Gaudí habría ambicionado recuperar de forma personal el eón del barroco. En este sentido, no es contradictorio afirmar que deseaba tanto ser original como engarzar con la tradición, situarse en la línea del tiempo que proviene de los estilos del pasado y que aspira a ser continuada en el futuro. Valoraba positivamente la coexistencia de distintos estilos en un mismo templo apostando incluso porque la Sagrada Familia fuera continuada con lenguajes distintos al suyo¹. Denostaba en cambio la imitación de estilos considerándola huérfana de pensamiento estético propiamente dicho. Como había probablemente Gaudí leído en Viollet Le Duc, cuando falta el estilo «es la manera lo que le reemplaza»², derivando en el pastiche. Así sucede cuando se emplea «no un arte que se identifique con la religión para *expresarla*, cual debiera ser, sino un arte que se impone como estilo. De aquí que las concepciones modernas son lo que pudiéramos llamar puramente *arquitecturales*»³. Es decir: en el puro mimetismo de estilos del pasado, en el historicismo, faltan ideas estéticas y lenguaje arquitectónico propio, estilo. O tal como lo denomina Gaudí, carácter. Se trata de construcciones faltas de vida porque carecen de poder expresivo.

Por el contrario, el eón barroco de Gaudí le impulsa a realizar una arquitectura la que podríamos calificar de expresiva entendiendo por ello que responde a una poética propia, tal como iremos viendo a lo largo de este ensayo. Podemos ir sintetizando por adelantado que esta poética lo es propiamente porque más allá de la arquitectura alienta en ella un vector metafísico. En efecto, Gaudí es expresivo por diversas razones: (a) sin que ello sea lo más importante, quiere expresar su propia personalidad. En una ocasión dijo que «en las artes no hay maestros; el único maestro es uno mismo»⁴. Un deber ser propiamente dicho que no excluye la remisión a la

¹ Bergós, J y Llimargas, M., *Gaudí. El hombre y la obra*, Barcelona, Lunwerg editores, 1999, p. 64.

² Le Duc, V., *L’architecture raisonnée*, París, Hermann, 1964, p. 164.

³ Gaudí, A., *Escritos y documentos*, Barcelona, El Acanalado, 2002, p. 51.

⁴ Gaudí, A., *Manuscritos, artículos, conversaciones y dibujos*, Murcia, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos técnicos, 1982, p. 120.

tradición como ya he señalado; (b) desea expresar con talante mediterráneo el tiempo histórico de su modernidad. Para ello necesita alcanzar un lenguaje propio, lo cual abunda en la conveniencia de superar el historicismo; (c) Está convencido de que cada obra debe expresar una identidad peculiar: cada edificación debe tener una modulación específica y en ese sentido un estilo propio; (d) el conjunto de las obras de Gaudí expresa una concepción de la relación entre arquitectura y naturaleza.

En definitiva, lo meramente arquitectural es sobrepasado por la arquitectura expresiva en la medida en que Gaudí posee una concepción del hombre, del tiempo, del cosmos. Las dos últimas características nos ayudan, por otra parte, a comprender por qué la obra de Gaudí tiene un estilo propio –absoluto– independientemente de la variedad estilística –relativa– en ella advertible. Al escribir de esta manera aplicamos a Gaudí una distinción que seguramente éste leyó en Viollet Le Duc quien había definido estilo como «la manifestación de un ideal establecido sobre un principio»⁵. Y aclaraba que por estilo se puede entender «apropiación de una forma del arte al objeto. Existe entonces el *estilo absoluto*, en el arte, y el *estilo relativo*. El primero domina toda concepción y el segundo se modifica siguiendo el propósito del objeto»⁶. El estilo relativo corresponde a lo que Gaudí denomina el carácter de un edificio; por ejemplo, público o privado.

Realizadas estas precisiones se comprende mejor la superación hegeliana –superar algo conservando parcialmente sus características– que Gaudí pretendió realizar del gótico. Es, a este respecto, muy significativo que Bergós afirme que la consigna de Gaudí era: «hay que sumarse incesantemente»⁷. «Conviene ver lo que se hace usualmente y tratar de mejorarlo»⁸. Situado en el hilo del tiempo, de la historia, pero no historicista. Aspirando a tener estilo, y no manera, Gaudí realizó numerosas objeciones al estilo gótico. No nos detendremos en las más técnicas. Nos interesan más dos de fondo. En primer lugar, consideraba que el gótico era un estilo «del compás, de la fórmula»⁹, meramente analítico y no sintético, tal como él defendía y aclararé más adelante. En segundo lugar, el gótico estaba falto de equilibrio, de unidad, de armonía, debido a su abuso del círculo y a la falta de unidad entre estructura del edificio y ornamentación. Como prueba de ello, argumentaba que en los edificios góticos la ornamentación era superflua puesto que su posible supresión no mermaría las cualidades de la

⁵ *Le Duc, V.*, op. cit., p. 145.

⁶ *Le Duc, V.*, op. cit., p. 146.

⁷ *Bergós, J.*, op. cit., p. 46.

⁸ *Gaudí, A.*, Manuscritos... op. cit., p. 94.

⁹ *Bergós, J.*, op. cit., p. 59.

obra. Con acierto, Gaudí concluía que con la imitación del estilo gótico se asumía un lenguaje extraño cuya iconografía –huevos, hojas acuáticas, etc– incorporaba a menudo significados que resultaban lejanos o incomprensibles a la mayor parte del público. Más aún, desaparecía la fuerza simbólica del gótico para retener únicamente, «formas puramente plásticas»¹⁰, maneras.

El historicismo, en suma, está condenado al fracaso debido a su anacronismo. La tradición del Renacimiento y del gótico en que nos hemos formado no puede ser despreciada pero de nada sirve imitarla: los nuevos edificios no alcanzarán el nivel de los imitados y, sobre todo, no expresarán lo que se desea expresar, el tiempo presente¹¹.

2. El estilo como meta

La poética de Gaudí es consciente de la dimensión temporal, de la importancia de la tradición y de la obligación de «dar satisfacción al objetivo artístico de nuestra época»¹². Gaudí busca, pues, un estilo para un tiempo, el de la sociedad industrial. Comentando la Exposición de Artes Decorativas, celebrada en 1881 en Barcelona, advierte de la necesidad de desarrollar un «gusto industrial»¹³ convergente con las nuevas condiciones del trabajo. Considera que las cualidades industriales deben ser desarrolladas y propone la creación de una Escuela de Dibujo Industrial. El arquitecto se plantea, de este modo, el influjo que las creaciones artísticas pueden operar sobre el gusto colectivo. En este sentido es interesante señalar que recomendaba crear una ornamentación ajustada a la manera de ser de su tiempo y capaz de interesar «lo mismo a los sabios que a los que no lo son»¹⁴. Para ello tendría que ser acorde con las nuevas posibilidades de la construcción. El estilo debe ser, pues, adecuado al tiempo. Pero este estilo sólo puede surgir de la correcta adecuación a los factores básicos presentes en toda edificación: las condiciones físicas, el uso y el carácter. Aclaremos brevemente estos términos.

Al referirse a las condiciones físicas, Gaudí lo hace a los materiales y desarrollos técnicos de los que dispone. Afirma que «el estudio, los adelantos y los materiales imprimen un carácter especial y propio a cada edad

¹⁰ Gaudí, A., Escritos... op. cit., p. 51.

¹¹ Gaudí, A., Escritos... op. cit., p. 53.

¹² Gaudí, A., Escritos... op. cit., p. 70.

¹³ Gaudí, A., Escritos... op. cit., p. 168.

¹⁴ Gaudí, A., Escritos... op. cit., p. 75.